

Entre la luz y la sombra

JORGE LUIS HERRERA*

La poeta y narradora Amparo Dávila (1928) nació en Pinos, Zacatecas. Ha colaborado en diversas publicaciones como Estilo, Ariel, Revista Mexicana de Literatura, Revista de Bellas Artes y Revista de la Universidad de México. En 1966 fue becaria del Centro Mexicano de Escritores y en 1977 obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia. Pertenece a la denominada Generación del Medio Siglo Mexicano.

Es autora de tres libros de poesía, Salmos bajo la luna (1950), Perfil de soledades (1954) y Meditaciones a la orilla del sueño (1954); y de tres de cuento, Tiempo destrozado (1959), Música concreta (1964) y Árboles petrificados (1977). Su obra ha sido incluida en varias antologías como Muerte en el bosque (CE/SEP, 1985) y Amparo Dávila. Material de lectura (UNAM, 1992).

Su literatura se caracteriza por la pulcritud de su prosa y porque no le sobran ni le faltan palabras ni emociones; es contundente. En general sus poemas tienden a buscar la luz, la belleza, la cordura, el amor, la lucidez; mientras que sus cuentos refieren mundos oscuros, herméticos, nocturnos, insomnes, inexplicables, demenciales...

Su obra tiene rasgos similares y "afinidades intuitivas" con la de escritores como Dante, Poe, McCullers, Cortázar, Lovecraft y Kafka. Sus libros han sido traducidos al francés, al inglés, al italiano y al alemán; sin embargo, en México, por algún enigmático motivo -digno de un cuento de Dávila- no ha recibido la atención merecida por parte de las editoriales ni por parte de los críticos, lo que ha provocado que sea más

bien desconocida por el público en general y que esta escritora se haya convertido en una presencia casi mítica dentro del mundo literario mexicano. Sin duda, tarde o temprano la obra de Amparo Dávila tendrá que abandonar la sombra para ocupar el luminoso lugar que le corresponde.

En esta entrevista la escritora zacatecana habló sobre algunas nociones generales de su vida y obra.

¿Cómo se autodefine Amparo Dávila, escritora?

Como una cuentista... una cuentista limitada.

¿Podría hablarnos sobre sus primeras aproximaciones a la literatura?

Nací en Pinos, un pueblo minero zacatecano. Cuando era pequeña murió mi hermanito y me quedé sola, triste y enferma. Había días en que no me dejaban salir de casa porque hacía mucho frío en el pueblo y yo padecía fiebre con frecuencia; entonces me iba a la biblioteca, que tenía ventanales hacia la calle, y me distraía viendo pasar a los vivos y a los muertos. Como no había cementerios en las rancherías cercanas, enterraban los cadáveres en mi pueblo: los muertos a veces iban recostados sobre el piso de una carreta y tapados con una sábana o un jorongo; también los llevaban en una rústica caja de madera o en el lomo de una mula.

Además me divertía buscando libros. Mi padre era un hombre culto e inteligente que poseía una gran biblioteca. Me llamaban la atención los libros grandes, de cantos dorados, pastas bonitas y colores atractivos... Así cayó en mis manos una edición de la Divina comedia con ilustraciones de Gustavo Doré. Cuando la empecé a hojear me espantaron mucho los demonios con sus tridentes. Tenía yo menos de cinco años. Como estaba enferma casi no me mandaban a la escuela del pueblo -era a la que asistían los hijos de los mineros-, aunque ya conocía las letras, por lo que las juntaba, formaba palabras y me horrorizaba poco a poco... Llegué a los círculos infernales. Eso me originó noches espantosas, de terror, porque veía que transitaban los demonios por mi habitación. Como era un pueblo frío y mi cuarto era amplio, había una chimenea adentro y cuando la encendían, las llamas formaban figuras y yo veía cantidad de cosas... me horrorizaba y tenía unas noches que no le deseo a

nadie. Así fue como conocí, o, mejor dicho, hojé la Divina comedia, que determinó bastante mi personalidad y, por lo tanto, mi obra, en la cual se ven reflejados el terror y la angustia que sentía.

En esa época también me aproximé a El Quijote, pero claro, no me ocasionó el mismo trauma que la Divina comedia, al contrario, me daban risa las ilustraciones y lo que alcanzaba a entender. Además me acerqué a otros autores como Gustavo Adolfo Bécquer, Alexandre Dumas y José María Vargas Vila. Por fortuna no entendía gran cosa porque era literatura impropia para mi edad. Mi capacidad como lectora era muy limitada, motivo por el cual me impresionaban más los grabados y las ilustraciones.

En el texto autobiográfico que apareció en Los narradores ante el público usted dice que a los siete años la llevaron a San Luis Potosí...

Sí. Me metieron a un colegio de religiosas que pertenecían a la congregación de las Hijas del Espíritu Santo. Ahí empezaron a prepararme para la Primera Comunión. Como yo sólo conocía a los demonios, los círculos infernales y los tridentes, quedé verdaderamente impresionada al enterarme de la existencia de un Dios que no atormentaba, sino que amaba... Fue una experiencia enorme en mi vida.

¿A partir de ese descubrimiento comenzó a escribir -como usted dijo en entrevista con Vivian Abenshushan- "en forma de poemas místicos"?

Sí. Después de que me prepararon para la Primera Comunión escribí unos poemitas místicos -digo místicos porque estaban dedicados a Dios, por ejemplo, hablaba de Él como un jardinero que riega sus plantas-. Eran pequeños renglones que tenían cierto ritmo. A esa edad no sabía qué era poesía ni qué era una rima; fue algo innato. Mi principio fueron esos poemitas inspirados en el gran descubrimiento de Dios. Tiempo después, en las clases de gramática y de lengua nacional, cuando debíamos redactar una composición, un diálogo o algo así, yo lo hacía con gran gusto... En el mismo texto autobiográfico que mencionaste, escribí que empecé a hacer poemas y luego relatos de la misma forma en que otros niños hacen palomitas al jugar con barro.

En esos años de primaria conocí a autores como Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón, Amado Nervo y luego a los clásicos de la literatura universal; la segunda impresión con algunos autores clásicos fue distinta a la primera, pues, como ya dije antes, la Divina comedia me conmocionó.

¿Además de la Divina Comedia hubo otro libro que la marcara con tanta fuerza?

Sí, El cantar de los cantares. Representó un gran descubrimiento, pero ya no de terror, sino de todo lo contrario: amor, belleza... La enorme figura de Salomón y El cantar de los cantares también me determinaron. De hecho, el primer libro que



Perla Estrada

publiqué fue Salmos bajo la luna, que tiene mucha influencia de Salomón, aunque los míos son salmos profanos.

En ese sentido, sorprende mucho la luminosidad de su poesía, por ejemplo de "Salmo de la Ciudad Transparente", en contraste con sus cuentos, que son más bien oscuros. ¿A qué atribuye estas diferencias?

A las dos huellas que he tenido en la vida: Dante con sus infiernos, sus círculos helados, sus demonios; y Salomón con el amor, la naturaleza, los cantos... Yo tengo el signo de Piscis, representado con dos peces, uno que nada para un lado y otro que nada hacia el lado contrario. En mi persona un pez es el infierno, lo oscuro, lo tenebroso y el cuento; el otro pez es la luz, la belleza, el amor y la poesía.

Sin embargo, aun en los cuentos su vena poética aflora y explota, por ejemplo, en el inicio de "Tiempo destrozado"...

Cuando existe la necesidad de expresarse por medio de la poesía -ya sea en prosa o en verso-, ésta emerge por muy restringido que esté el panorama.

Me sorprende un poco esto, porque al principio de la entrevista, cuando se autodefinió, dijo que se concebía como cuentista y no como poeta, ¿es más fuerte la parte de cuentista?

No, tal vez fue un poco precipitada la respuesta, porque tengo dos hilos, el del cuento y el de la poesía.

¿Son más cercanos el cuento y la poesía, que el cuento y la novela?

Sí, porque en mis cuentos las estructuras son cerradas y concretas como la poesía. La poesía viene siendo la palabra exacta, la palabra concreta. El cuento se le asemeja en ese sentido porque no hay mucho espacio para definir a un personaje, es necesario darlo a grandes rasgos, pero precisos; no es posible extenderse en una descripción de dos o tres páginas. En cambio, en la novela se tiene todo el tiempo y el espacio para referir una situación, un ambiente, un personaje... No soy novelista; por eso nunca escribí una novela... El cuento y la poesía son los dos hilos que me jalan y me definen.

¿Qué opina de que su prosa, en general, sea considerada literatura fantástica?

La verdad no me atrae mucho la literatura fantástica... ni como lectora ni como escritora. Tanto en la vida como en la

escritura siempre me he situado dentro de la realidad, pero yo vivo la realidad con dos caras: una, la externa, que es la luminosa, la cotidiana y la que tiene una explicación lógica, un por qué; y la otra cara de la realidad, la oscura, la opaca, en donde las cosas que suceden, que también pueden ser cotidianas, no tienen una explicación lógica... simplemente ocurren. En mi vida y en mi obra voy y vengo de una cara a la otra, pero eso no significa que escriba literatura fantástica.

A Julio Cortázar se le asocia con la literatura fantástica y a usted con él. ¿Qué rasgos similares existen entre su obra y la de Cortázar?

Hay elementos parecidos, pero sería una afinidad... intuitiva. Me relacionan a Julio porque hubo una gran amistad entre nosotros y, tal vez, por una cercanía temática o por la forma de aproximarnos a los temas.

¿Por qué les dedicó "El entierro" a él y a su esposa Aurora?

Porque los quise mucho. Pero no recuerdo qué fue lo que me hizo dedicarles ese texto en particular.

¿Podría hablarnos de la amistad que mantuvo con ellos?

Poco tiempo después de que publiqué Tiempo destrozado, una amiga argentina, Emma Susana Esperatti Piñero, que estaba aquí en México, me dijo: "Te vas a molestar, pero fíjate que le mandé tu libro a Cortázar". Me sorprendió y me molestó mucho, porque consideré que era una irreverencia enviarle un primer libro a un escritor de la talla de Julio, a quien yo ya admiraba. Varios meses después me hablaron del Fondo de Cultura Económica para avisarme que tenían una carta para mí. La misiva comenzaba con mucho sentido del humor: "¿Señora o señorita? Amparo Dávila". Luego le di la vuelta y en el reverso venían las iniciales de Julio Cortázar. No podía creerlo. Decía que había recibido mi obra, que le había gustado mucho y que le parecía increíble que fuera mi primer libro de cuentos porque era una obra madura... bueno, de todo su gusto. Yo quedé muy conmovida, como es natural, y le di las gracias. Así empezamos a escribirnos durante un año o dos hasta que fui a París -porque ahí estaba mi marido, el pintor Pedro Coronel-, donde por fin traté en persona a Julio.

Recuerdo que él suponía que yo conocía a profundidad la obra de Edgar Allan Poe. Se sorprendió cuando le dije que

había intentado leerla numerosas veces, pero que me impresionaba tanto que me enfermaba de inmediato -soy muy sensible y padezco colitis nerviosa- e irremediablemente tenía que suspender la lectura. Entonces Julio me dijo: "Sé que no mientes, pero hubiera jurado que conocías bien su obra, porque tu literatura es cercana a la de él". Y respondí: "Es una afinidad casual".

Tiempo después me divorcié, Julio también, nos cambiamos de casa varias veces y nos perdimos... luego él murió. Conservo cartas muy bellas.

En "El patio cuadrado" un personaje dice: "-Imágenes, símbolos, persecución siniestra [...] no hay escapatoria posible al huir de nosotros mismos; el caos de adentro se proyecta siempre hacia afuera; la evasión es un camino hacia ninguna parte..." p.11 ¿Dicha cita puede considerarse una especie de premisa de todos sus personajes?

Sí. Para todos mis personajes el tema de la evasión es fundamental, puesto que uno tiene que aprender a asumir sus compromisos y sus situaciones. La evasión no conduce a nada. Si hay un caos interior éste se proyecta hacia afuera, por lo que no hay escapatoria posible, hay que enfrentarse y asumir los compromisos (morales o materiales). No debemos ni podemos escapar de nosotros mismos.

¿Esto está relacionado con el hecho de que sus personajes frecuentemente están como atrapados por su destino y viven una pasividad pasmosa frente a los hechos? ¿Usted cree en el destino?

Sí, bastante.

¿Cómo es su concepción del destino?

Es compleja, porque creo en la existencia de Dios, pero también en el destino como una maraña que nos atrapa y nos mueve. Es imposible huir de uno mismo y del destino. Siempre voy entre esas dos ideas... entre dualidades.

¿El destino también determina su proceso creativo?

En cierta forma sí, porque hay muchas cosas que uno hace por intuición, no pensadas ni deliberadas, sino que sencillamente surgen, porque el cuento así lo necesita. Pienso y planeo cómo estructurar mis relatos, pero no demasiado, porque dejo que los personajes vayan siguiendo su propio camino.

¿Qué tanto influye su mundo onírico cuando escribe?

Mucho y, claro, después empiezo a escribir con el recuerdo del sueño, pero, luego, el relato se va yendo por su propio pie. Ese es el caso de "El patio cuadrado" o de "Tiempo destruido"; este último es una consecuencia de la anestesia. En una ocasión, después de que me operaron, cuando comencé a recobrar la conciencia surgió ese cuento. Por eso digo que primero sentí un increíble dolor, un irse desgajando... Luego vinieron la náusea, el vómito... Después los sueños de anestesia, que a veces son absurdos... Como que un árabe vende telas, de las cuales emergen unos animalitos que vuelan...

¿Y qué tantos elementos vivenciales incluye en sus relatos?

Muchos, por ejemplo, la casa donde nací es la que aparece en "El huésped" -era muy grande y tenía un jardín, un huerto y árboles frutales- y la de "El patio cuadrado" es en la que viví después, ya niña, también en Pinos. Era un patio totalmente cuadrado; me traumé mucho en ese lugar... allí vivía mis terrores nocturnos. Se me quedaron grabadas en la memoria las imágenes de los lugares que habité en la infancia y, de pronto, salen en algún cuento.

Desde 1977, fecha en que publicó Árboles petrificados, ya no ha dado a conocer otro libro...

Ahora estoy corrigiendo uno. Se lo iba a dar a un amigo mío, Luis Mario Schneider, a quien quise muchísimo; él hacía sus Cuadernos de Malinalco y en una ocasión me pidió un libro. Estaba yo preparándolo cuando él murió. Me deprimió mucho su muerte porque fue inesperada. Nunca creí que moriría tan vital y tan fuerte. Lo dejé inconcluso, pero ahora que sufrí un accidente y estuve siete meses sin poder bajar la escalera -ni para ir a mi estudio- me puse a revisarlo. Se llamará Con los ojos abiertos e incluirá cuatro cuentos y una crónica. 📖

* Jorge Luis Herrera estudió la licenciatura en Historia del arte y ha participado en distintos talleres de creación literaria. Fue fundador y director de la revista de arte contemporáneo Zapatearte y ha colaborado en el suplemento cultural El Ángel del periódico Reforma, en las revistas Los Universitarios, Juku Jeeka, Tierra adentro, Casa del tiempo, Siempre!, Universo de El búho, La colmena y Desarrollo académico (UPN). En la actualidad trabaja como editor del portal educativo sepiensa.org.mx en el ILCE.